

HE VISTO A DUARTE (*)

I

¡Que de veces —híño, adolescente, joven, ya hombre hecho i derecho— sonó en mis oídos i tuvo eco simpático en el fondo de mi alma esa proposición afirmativa: *he visto a Duarte!*

Haber visto al héroe, haberlo conocido, durante el arduísimo proceso de la gestación de su obra magna, como lo vieron i conocieron sus amigos de la juventud i sus discípulos i sus correligionarios, desde julio, el de la iniciativa, hasta febrero, el del alumbramiento prodigioso; haberle visto en la hora fausta de la cristalización i la tangibilidad de su ideal hecho patria, como lo vió i admiró la viril i generosa juventud de la época i como lo aclamó i proclamó el Cibao en rasgo civilista imprevisivo; o en la hora aciaga, la negra hora de los tristes destinos, cuando el egoísmo i la gula se echaron encima del poder para abatir al prócer i eliminarlo, tal como lo vió, desterrado perpetuo, el pueblo heroico i hospitalario de Venezuela; o a orillas del Yaque en Santiago la épica, ya en pavesas, cuando acudió a la cita del honor i apareció allí a modo de una evocación tardía, como lo vierno con no poca sorpresa, acaso sin comprenderlo, los caudillos i las huestes restauradoras; —haberlo visto i conocido en uno cualquiera de los rasgos psicológicos de su vida, fue obsesión perenne de mi espíritu.

¡Qué de veces —en un lapso de lustros— oí exaltar su nombre egregio, en las veladas del hogar, por expresiones afectivas de mis padres; en los bancos de la escuela, por boca de mi maestro Silvano Pujol, prócer i secretario de la Junta Gubernativa instituida en el Baluarte; en las aulas del Seminario, por el elocuente verbo del Padre Meriño; en las lecturas ocasionales, habidas en casa de Félix M. Delmonte, por la palabra amenísima del poeta i dramaturgo, que fué de los trinitarios; i en las tertulias de la Librería, merced a los coloquios que solían enredar i desenredar el acucioso J. G. García, el vehemente Mariano A. Cestero i el acrisolador Emiliano Tejera...

I yo no lo había conocido ni lo había visto nunca!

En 1884 —cuando se cumplía el año XL de la Independencia nacional— trajéronse de Caracas, cu-

na de Bolívar, los restos carísimos de Juan Pablo Duarte, el Fundador, i fueron recibidos con amor cívico i solemne pompa en la Ciudad de Febrero, la Primada, cuna del héroe. Sus hermanas, Rosa i Francisca, vestales del fuego sagrado del patriotismo por entrañable amor al hermano esclarecido, enviaron entonces un retrato suyo, de gran tamaño, con destino al salón de actos del Concejo edilicio de Santo Domingo. Allí se conserva. Pero ese retrato, que lo representa ya de edad proveya, ni es una obra de arte ni satisface por el parecido. Eso oí a varios distinguidos contemporáneos del prócer.

Alejandro Bonilla, pintor intuitivo, amigo de Duarte, era de los insatisfechos. El tenía de antiguo el propósito de hacer un retrato que lo representase en la hora de su gloria purísima. En ello estaba cuando, un día cualquiera hojeando una revista ilustrada, se dió con la efigie de un príncipe europeo de un notable parecido a Duarte. Con tal modelo ayudó la fiel evocación de su memoria e hizo el retrato del apóstol trinitario.

A poco desfilaban los ayudantes que fueron del Generalísimo, sus discípulos i sus amigos, frente al retrato hecho por Bonilla i todos dieron fe del asombroso parecido. El voto de la anciana señorita Prudencia Lluberes, su amada de la juventud, fué decisivo. "Ese es Juan Pablo"... "Está hablando"... Hablaba aún su corazón octogenario.

Ese retrato se difundió luego en reproducciones fotográficas, en fotograbados, en estampillas i en sellos postales. Con sujeción a sus rasgos fisionómicos, comunicándole nueva vida, hizo Abelardo Rodríguez Urdaneta un gran retrato del prócer para la casa consistorial de Santiago de los Caballeros e hizo también un busto para la galería de próceres del Palacio de la Unión Panamericana en Washington.

Ese busto llegó a ser considerado como vera efigie de Juan Pablo Duarte. Algunos lo tuvieron por definitivo.

El inspirado artista, por su parte, no estaba satisfecho del todo. E insistió en su porfiado empeño de producir una obra mejor, mas acabada, que, sorprendiendo el rayo de luz interna de aquel hondo espíritu fundador, le fijase en la escultura como la luz solar de su vida épica. Un nuevo busto, más pequeño, con

(*) Esta página, de interés iconográfico, no figura en la colección *Duarte, próceres, héroes i mártires de la Independencia*. C. T., 1944.

más suaves líneas, con más vida, ha surgido ahora de las manos creadoras del artista.

Allí está sobre la tripode. Allí está bajo el tenue velo de luz que lo envuelve en adecuado ambiente. Lo he visto, detenidamente, en silencioso recogimiento, i he quedado sorprendido de hallar en éste rasgos de elevación i de serenidad, de intensa vida. El momento psicológico —el del apostolado y el del heroísmo— cobra en el nuevo busto más fuerza anímica. Es el Duarte de la redención i del martirio. Ciertamente: frisaba entonces en la edad de Cristo.

El examen contemplativo duró alrededor de veinte minutos. Pocas palabras, sin interrumpirlo, habíamos cambiado Abelardo y yo. Iba ya. Iba ya del

estudio sin formular opinión ni juicio alguno —el mío, de percepciones éticas i de emociones estéticas, modesto como mío— cuando el artista se aventuró a interrogarme, suavemente, con su voz adrede persuasiva:

—“¿Qué me dice usted respecto a mi obra?”

I yo, dominando las dolorosas evocaciones que el admirable busto había suscitado, a la par, en mi organismo ético i en mi sentido estético, sólo acerté a contestarle:

—“Creo que ya, por fin, he visto a Duarte!”

FED. HENRIQUEZ I CARVAJAL

LETRAS, Año II, Núm. 84, Santo Domingo, Octubre 5 de 1918.



Ingreso de los académicos electos Ortega Frier y Amiama

El 3 de marzo tuvo efecto el ingreso de los señores licenciados Julio Ortega Frier y Manuel A. Amiama como Miembros de Número de la Academia Dominicana de la Historia. El primero ha venido a ocupar el puesto para el cual había sido designado el Académico Supernumerario señor Andrejulio R. Aybar; el segundo fué elegido para llenar la vacante producida por el fallecimiento del Lic. Arturo Logroño. Concurrieron al acto todos los académicos pre-

sentes en esta ciudad, así como prestantes elementos de cultura atraídos por el deseo de oír la palabra de los nuevos académicos.

El académico Ortega Frier presentó un trabajo intitulado “La recepción del Derecho francés en Santo Domingo”. El académico Amiama leyó a su vez un trabajo que lleva por título “La población de Santo Domingo”. Ambos trabajos fueron muy aplaudidos.

